

Lola va al Baile

II

P O R F U L I A M A U R A

TODA la luz del cuarto-tocador parece acaparada por el espejo grande para reflejar la imagen de Lola. Lola está radiante. Brilla la seda del traje con reflejos metálicos; el pelo rubio, recién arreglado, caído sobre la espalda, formando un bucle con las puntas hacia adentro; los collares dorados, la boca joven, y, sobre todo, brillan los ojos azules con la alegría de Lola al verse tan guapa. Lola va al baile.

De pie, delante de ella, su madre la contempla con satisfacción.

—¿Qué le parece la señorita, María?—pregunta con orgullo mal disimulado, segura de la contestación. La doncella junta las manos en ademán admirativo.

—Está guapísima. Si la señora me lo permite, llamaré a las compañeras. Están deseando ver a la señorita.

Y dos minutos más tarde, el cuarto-tocador está lleno de mujeres, de exclamaciones admirativas y de la risa complacida de Lola.

—Dame el abrigo, María, que ya me marcho.

—Por favor, señorita. Falta la cocinera. Espere usted, que la vea la cocinera.

—Bueno, la esperaré. Vete a llamarla corriendo—contesta en seguida Lola. Porque aun en medio de las mayores admiraciones, ninguna mujer desaprovecha una admiración más, por modesta que sea. Y Lola llega al baile, sonándole todavía en los oídos las alabanzas de las doncellas, y llevando en sus ojos el recuerdo del éxasis que su aspecto había producido en la cocinera.

Por eso, al entrar en el salón se queda un poco desconcertada. En su cuarto, ella lo llenaba todo. Sus brazos desnudos, lo mismo que los hombros y gran parte de la espalda, atraían irresistiblemente las miradas, con la luminosidad que tiene el cutis a los diez y ocho años. Pero aquí, Lola se pierde en el conjunto. Son muchas las espaldas y los brazos desnudos. Muchos los vestidos de seda que relucen con reflejos metálicos. Incontables los ojos que brillan de satisfacción.

Lola se siente abandonada. Y por si eso fuera poco, lo primero que ve es a Tito, que está bailando con Mari Lu. Lola juraría que una mano le apretaba la garganta, produciéndola una impresión de lo más desagradable.

Afortunadamente, Juanito, un admirador de Lola, rubio, insulso y deslavado, a quien Lola no ha hecho nunca el menor caso, la saca a bailar. Y Lola bendice a Juanito en su pensamiento, dedicándole la mejor de sus sonrisas, pues por muy insulso y deslavado que sea, ha sabido llegar a tiempo. Hubiera sido terriblemente desairado para Lola quedarse de plantón en la puerta, mientras Tito baila con Mari Lu.

Mari Lu también ha visto a Lola, y, en seguida, ha comprendido el peligro.

Tito, esta última temporada, parece que prefiere a Mari Lu. Pero con los hombres no se puede una nunca confiar demasiado.

Conviene remachar el clavo que los asegura. Con una perfidia esencialmente femenina, Mari Lu va a hacer a Lola todo el daño que pueda.

Procurando poner indiferencia en el tono de voz, pregunta a Tito:

—¿Has visto? Lola acaba de llegar...

Y Tito, que la ha visto perfectamente, contesta también indiferente, con la manía que tienen los hombres de ignorar delante de los demás a la mujer que más les importa:

—¿Sí? No me había fijado—. Sin apartar los ojos de Lola por encima de la cabeza de Mari Lu.

—Ayer estaba en el golf. ¿A que no sabes con quién? Tito se ríe.

—Seguramente, no contigo—contesta.

—Claro que no. Lola no pierde el tiempo. Estuvo toda la tarde sola con Javier. Dicen que son novios.

Mari Lu es muy joven y no sabe que acaba de emplear un arma de dos filos. Satisfecha de sí misma, no ha notado la ligera crispación de la boca de Tito, cuando éste le pregunta, después de unos segundos de silencio:

—Y..., ¿quién lo dice?

—Todo el mundo—contesta rápida Mari Lu. Contestación vaga y bastante cómoda. A «todo el mundo» se le pueden colgar impunemente todavía más dichos que a Quevedo.

Ha parado la música. Lola sigue hablando con Juanito, de pie, en un rincón del salón. Y mientras Juanito aguza su ingenio todo lo que puede, tratando de retener a Lola, contándole una cosa muy larga, Lola no oye una palabra de lo

que la dice, porque toda ella está absorta en dos horribles preocupaciones. Una: ¿Volverá Tito a bailar el próximo baile con Mari Lu? Y otra: ¿Me sacará alguien a mí?

En cuanto vuelve a tocar la música, respira aliviada. Tito se aleja de Mari Lu, y a ella se le acerca Javier. Lola le recibe, sonriendo con los ojos y con la boca, y le mira tanto, que no ve que Tito está también a su lado.

Por eso, al sentirse cogida por la cintura, se vuelve sobresaltada.

—Vamos a bailar—la dice Tito, seguro de sí mismo.

—Iba a bailar con Javier...—contesta tímidamente Lola.

Pero Tito la empuja hacia las demás parejas. Y Lola no vuelve a pensar más en Javier. ¡Está bailando con Tito! Con Tito, que la habla al oído, que la mira extasiado, que no la deja después en toda la noche, reteniéndola cada vez que ella quiere marcharse, como si tuviera miedo de perderla, que, de pronto, la habla con más cariño que nunca.

Y Lola, que no estuvo ayer en el golf. Lola, que no ha pensado jamás en ser novia de Javier, no comprende lo que ha pasado.

Lola no comprenderá nunca porqué.

